

La última guerra del siglo XIX, la primera del XX

CARLOS EDUARDO JARAMILLO C.

LA llamada guerra de los Mil Días o guerra de los Tres Años, como todas las guerras, se incubó lentamente durante largo tiempo y, también, como no es extraño que suceda en las guerras, tuvo su origen en un conflicto anterior, en una rendición que dejó demasiados rescoldos: la guerra de 1895 o de los Sesenta Días. De este efímero conflicto no sólo los derrotados quedaron con muchos bríos, sino que lograron esconder muchas armas y municiones.

Desde el momento mismo en que la guerra del 95 terminó, los derrotados liberales sellaron en Bogotá el compromiso de prepararse para una nueva confrontación.

Aunque todo el siglo XIX estuvo tachonado de guerras grandes y pequeñas, en las que no era difícil encontrar generales o peones de hacienda que hubieran peleado en tres y cuatro de ellas, parece que el espíritu general de las gentes era aceptar, como normal, que las contradicciones políticas se zanjaran con tiros y machetes. Las guerras se soportaban como parte de una extraña cotidianidad colombiana.

Si bien recién terminada la guerra del 95 el liberalismo fue monolítico en aceptar la perspectiva de un nuevo conflicto, con el paso de los meses su unidad se escindió profundamente entre quienes veían en la división creciente del conservatismo una esperanza de lograr los cambios por ellos requeridos, sin tener que optar por la guerra, y quienes no se daban tregua en su empeño de empezar a disparar para cambiar las cosas.

Las ilusiones de los llamados *pacifistas*, entre quienes se contaba la mayoría de la dirección del partido liberal, entre ellos Aquileo Parra, Salvador Camacho Roldán y Sergio Camargo, hallaron un magnífico aliado en la distancia creciente entre los integrantes del gobierno de Caro, o *nacionalistas*, y el grupo conservador de los llamados *históricos*. En tanto los *belicistas* liberales, entre quienes se contaban Rafael Uribe Uribe, Cenón Figueredo, Foción Soto, Justo L. Durán y Paulo E. Villar, encontraron importante respaldo a sus argumentos en muchas de las acciones del gobierno que, después de haberles abierto una rendija, terminó tirándoles la puerta en las narices.



Totuma para tomar agua que perteneció al general Rafael Uribe Uribe
(hacienda El Palmar, Valparaíso [Antioquia]; 12 de abril de 1850- Bogotá, 15 de octubre de 1914)
c 1900
Plata
9,5 x 6,8 x 4 cm
Propiedad particular, Bogotá

1. José Manuel Marroquín había sido elegido vicepresidente en los comicios de 1808 y, según lo calculado por el propio Miguel Antonio Caro, el septuagenario Manuel Antonio Sanclemente, elegido presidente, no quiso, en un principio, asumir el cargo, de manera que Marroquín lo hizo en su reemplazo.
2. Esta ruptura en el seno del conservatismo se oficializó por medio del acuerdo 33 del 17 de agosto de 1809 y, ya iniciada la guerra, por el manifiesto del 11 de noviembre del mismo año.
3. Los *pactistas* lucharon hasta el final por impedir el inicio de la guerra, trataron de desactivar la máquina bélica por todos los medios, entre los cuales se hizo famoso un telegrama que, a nombre de la dirección liberal, les indicaba a todos los jefes regionales que persistieran en su actitud antibélica. Esta comunicación pasó a la historia bajo el nombre del "telegrama mortal".
4. Entre las muchas razones de esta escogencia podemos señalar la extensa frontera de Santander con la Venezuela de Cipriano Castro, quien, a más de ser aliado de los liberales, les debía muchos favores. Allí se habían ocultado y, posteriormente, concentrado la mayoría de las armas de que disponían los liberales. También se acumulaba el mayor descontento social del país debido a la crisis cafetera que vivía la zona y, finalmente, su población, de mayoría liberal y fogueada en muchas guerras, fue tal vez una de las más entusiastas del conflicto.

El deterioro evidente de la economía —que vivía una fuerte reducción en los precios internacionales del café—, el desplazamiento de los cafeteros santandereanos por los entonces florecientes cultivadores de Cundinamarca, Antioquia y Tolima, la inflación creciente, el rechazo al cambio del patrón oro por el papel moneda de curso forzoso, y la agudización del monopolio gubernamental del tabaco y el aguardiente abonaron el descontento social y atizaron la intolerancia de liberales e *hístoricos* frente al gobierno.

Los *nacionalistas*, en el poder, en lugar de seguir la línea trazada por el vicepresidente Marroquín¹, quien, separándose de los dictados de Caro, había emprendido acciones tendientes a abrir espacios democráticos que permitieran una más justa representación política de las minorías, así como otras medidas de carácter fiscal y de reordenamiento y modernización del Estado, resolvieron barajar el naipe de nuevo. Llamaron al gobierno al presidente electo, lo sacaron de las cálidas tierras de su Buga natal, lo encumbraron a la sabana de Bogotá, le hicieron endurecer el puño contra los liberales y los conservadores *hístoricos*, echar para atrás las principales acciones de Marroquín y aflojarles las riendas a los corruptos.

El saqueo de las arcas del Estado, el otorgamiento de baldíos (que no lo eran) entre los amigos, la emisión inmisericorde de moneda sin respaldo legal, el desgüeño administrativo, por obra del cual un ministro del despacho andaba con el sello facsimilar del presidente en el bolsillo, en tanto éste buscaba algo de calor en Anapoima, Tena y Villeta, terminaron por darles muchas razones a quienes andaban organizando la guerra. El último impulso les llegó por dos lados. El primero, por parte de los *hístoricos*, que de manera oficial se separaron del gobierno, reclamaron para sí el nombre del partido, les dejaron a quienes se quedaron en el poder el calificativo de *nacionalistas* e incitaron a sus miembros a apoyar a los liberales en todo, inclusive en sus intenciones bélicas². Y el segundo, por oficiales del ejército y miembros del gobierno a cuya cabeza encontramos al ministro de Guerra, José Santos, que emprendieron acciones veladas en apoyo del liberalismo *belicista*.

Los principales miembros de la dirección liberal, reacios a escuchar a los pregoneros de la guerra, presionados por las circunstancias, renunciaron a sus dignidades y dejaron el camino abierto a los liberales de cabeza caliente, ávidos de ruido y pólvora.

LOS INICIOS

Enrique Otero D'Acosta fue designado por los académicos para que realizara un estudio que determinara oficialmente cuál había sido la fecha en que se inició la guerra de los Mil Días, pues los textos no concordaban, las memorias se contradecían y las cuentas no casaban. Su investigación fijó el inicio de la confrontación el día 17 de octubre de 1809.

Digamos, pues, que ese día empezaron de nuevo a sonar los balazos, y los liberales, con mensajes encontrados y telegramas "fatales"³, iniciaron una guerra que desde el principio empezó coja. Decidieron concentrar sus esfuerzos militares en Santander⁴, y hacia allí empezó a dirigirse el recién nombrado generalísimo de sus ejércitos, Gabriel Vargas Santos, quien se encontraba retirado viviendo en su finca de Boyacá. Mientras esto sucedía, los generales liberales (Uribe Uribe, Pedro Soler Martínez, Justo L. Durán y Benjamín Herrera) resolvieron emprender la guerra buscando hacer méritos antes de la llegada del generalísimo a repartir las dignidades del nuevo ejército. Las rivalidades crecieron y las derrotas se multiplicaron. A la mala racha de Santander se vino a sumar la catástrofe de Los



Uniforme que perteneció a Agustín Casabianca
 (Tolima, 1882-Bogotá, 20 de julio de 1952)
 c 1899
 Paño azul y rojo, con galones y botones dorados; cuero e hilos metálicos dorados.
 Fabricación francesa
 Quepis: 24 x 18 x 10 cm
 Uniforme: 179 x 43 x 30 cm
 Propiedad particular, Bogotá



MANUEL EZEQUIEL DE LA HOZ
 [activo 1890-1910]
Agustín Casabianca
 [Tolima, 1882-Bogotá, 20 de julio de 1952]
 c 1899
 Reproducción fotográfica reciente
 12 x 9 cm



Capa negra que perteneció a José Manuel Marroquín
 (Bogotá, 6 de agosto de 1827-Bogotá, 19 de julio de 1908)
 c 1890
 Terciopelo y paño
 140 x 100 x 40 cm
 Instituto Caro y Cuervo, Bogotá

Obispos, donde el liberalismo perdió el dominio del río Magdalena a poco de haberlo logrado con una audaz acción cumplida en Barranquilla por Julio E. Vengoechea. Allí los liberales lograron apoderarse de siete buques y dejar al gobierno con sólo dos, que, sin embargo, alcanzaron y destruyeron la recién conformada flota liberal, mientras la tripulación y sus jefes, embrutecidos por el alcohol, celebraban su proeza.

Antes de un mes de iniciada la guerra, los liberales se encontraban arrinconados en Cúcuta, después de haber perdido Uribe Uribe, además de la importante batalla de Bucaramanga, la flor innata de la juventud liberal que se había puesto bajo su mando.

Un mes pasaron hacinados los liberales en Cúcuta con sus 3.600 hombres desmoralizados y mal armados, en tanto el gobierno, con su llamado *ejército legitimista*, comenzó a cercarlos con 6.000 hombres al mando de generales como Isaías Luján, Manuel Casabianca y Vicente Villamizar. A mediados de diciembre, los acosados liberales decidieron tratar de moverse hacia el centro del país; así se gestó una de las mayores y más sorprendentes victorias de la guerra: la batalla de Peralonso.

El 15 de diciembre de 1899, en el puente La Laja, sobre el río Peralonso, el ejército liberal fue interceptado por una fuerza que lo triplicaba en hombres, con envidiable



ANÓNIMO

Grupo militar de Pasto

c 1900

Reproducción fotográfica

20 x 25 cm

Propiedad particular, Pasto

armamento, disciplina y moral. Sin embargo, los liberales rompieron las líneas enemigas y lograron que el ejército legitimista iniciara su desbandada y abandonara sobre el campo sus mejores armas y pertrechos. Sobre lo inexplicable de esta derrota se ha especulado mucho: es lugar común la opinión de que el gobierno facilitó la derrota porque necesitaba prolongar la guerra. Lo cierto es que con esta victoria los liberales se armaron, elevaron su moral y crecieron hasta sumar 10.000 hombres, pero en lugar de avanzar retrocedieron de nuevo a Cúcuta. Allí, con el pretexto de esperar un armamento del exterior, la fuerza liberal se aletargó y descompuso en una inacción que le duró hasta abril de 1900, cuando decidió moverse al interior para enfrentar un renovado ejército legitimista al mando del prestigioso general Próspero Pinzón. Las fuerzas chocaron en la cordillera de Canta, en inmediaciones de Bucaramanga y Lebrija, para dar inicio a la más prolongada y sangrienta batalla de toda la guerra: la batalla de Palonegro. Quince días duró la terrible confrontación, en la cual se calcula que murieron 1.500 liberales y 1.000 *legitimistas*, siendo estos últimos los vencedores. En su retirada por la más inhóspita de las regiones, la fuerza liberal perdió, entre las enfermedades, las fieras y la selva, lo poco que le restaba en hombres y pertrechos.

Con la derrota de Palonegro la fuerza principal del liberalismo se desvaneció y la guerra entró en una fase donde las guerrillas se convirtieron en su principal recurso táctico. Aunque el liberalismo siguió intentando constituir fuerzas regulares, éstas no pasaron de ser un remedo de lo que debería ser un ejército. Los jefes liberales, que despreciaban la guerra irregular por indigna y traicionera, la aceptaron a regañadientes y se conformaron, en muchos casos, con la adición de guerrillas para constituir así fuerzas mayores.

La mala racha de los liberales les dio nuevos aires a los *pacifistas*, quienes, frente al desgüeño del gobierno y a la extendida corrupción administrativa, alentaron a los rabiosos *históricos*, ahora convertidos en el partido conservador, para que le dieran curso a un golpe de Estado al presidente Sanclemente e impusieran a su vicepresidente, José Manuel Marroquín.

EL GOLPE DE ESTADO

Al malestar generalizado y al desgobierno reinante se sumó el hecho de que, por razones de la guerra, particularmente después del descalabro de Peralonso, el gobierno llevó a las filas de su ejército un importante número de oficiales *históricos* que le dieron carne a la idea del golpe. Fue así como liberales e *históricos* empezaron conversaciones para lograr el apoyo de los primeros. Muchas charlas sostuvo Aquileo Parra con Carlos Martínez Silva, posiblemente el más connotado de los *históricos*. En los liberales renacieron las esperanzas de lograr con el diálogo lo que con pólvora y machetes no habían conseguido. De estas conversaciones surgió un acuerdo que, entre otros puntos, contemplaba paz honrosa para los liberales, sin represalias para los combatientes, participación en los consejos electorales, libertad para los presos políticos y marginamiento total del gobierno del señor Aristides Fernández, jefe de la policía, quien había convertido el exterminio de los liberales en la razón de su vida.

El 31 de julio de 1900, aprovechando la llegada a Bogotá de las tropas del general Jorge Moya Vásquez, se instaló de nuevo en la presidencia a José Manuel Marroquín, mientras que el titular, que se encontraba en Villeta, fue informado de que había dejado de ser presidente y de que se le otorgaba su casa por cárcel. Sanclemente, después de pasearse por algunos pueblos aledaños, terminó sus días sin volver a pisar la sabana⁵.

5. Manuel Antonio Sanclemente murió en Villeta el 19 de marzo de 1902.

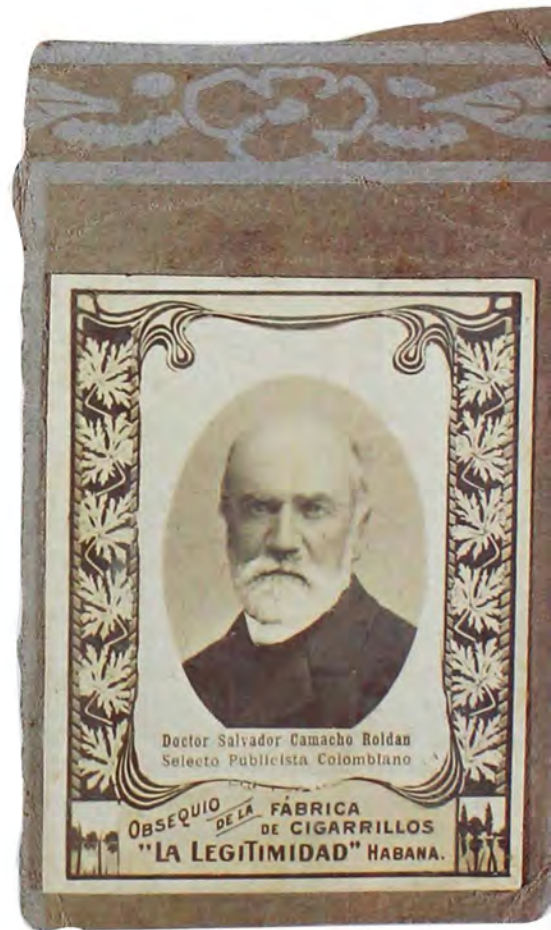


**JOSÉ ARIOSTO
PRIETO**
(1891-1910)
Avelino Rosas
(Dolores [Cauca],
15 de abril de 1856-
Puerres [Cauca], 19 de
septiembre de 1901)
Xilografía publicada
en El Proyectil,
Bogotá, 23 de abril de
1899
52 x 35,5 x 4 cm
Colección Pilar
Moreno de Ángel,
Bogotá



**Quepis que perteneció a Rubén
Restrepo Jaramillo**
c 1889
Paño, cuero e hilos metálicos
dorados
22 x 14 x 10 cm
Propiedad de Juan Betancur,
Bogotá

ANÓNIMO
Avelino Rosas y
Salvador Camacho
Roldán
c 1900
Impreso
Obsequio de la
fábrica de cigarrillos
La Legitimidad, La
Habana
5,2 x 3,9 cm
Propiedad particular,
Bogotá



Una vez en el poder, y consolidado el golpe de Marroquín, los conservadores se olvidaron de las promesas e intensificaron la guerra. Fue así como, para darle más bríos a la carnicería en que se había sumergido el país, Aristides Fernández fue nombrado primero gobernador de Cundinamarca y luego ministro de Guerra.

CONTINÚA LA GUERRA

Perdidas de nuevo las esperanzas de finiquitar el conflicto con una negociación, los liberales debieron redoblar sus esfuerzos bélicos. Las guerrillas se enseñorearon del centro del país, el mando se atomizó y las fuerzas irregulares, carentes de armas, hicieron del machete el terror de sus enemigos. La guerra ganó tanto en intensidad como en brutalidad. Los mutilados comenzaron a llenar las ciudades y los muertos a bajar por los ríos.

Parte de la intensificación del conflicto se debió a los apoyos internacionales de los vecinos, en particular de Cipriano Castro, en Venezuela, y de Eloy Alfaro, en el Ecuador. Ambos gobernantes tenían nexos profundos con el liberalismo colombiano y existían viejos acuerdos para apoyar la revolución cuando ésta estallara. Por Venezuela entraron muchos de los combatientes liberales que se hallaban en el exterior; algunos habían luchado bajo otras banderas en otros países, como fue el caso de Avelino Rosas, quien llegó a Colombia después de combatir en Cuba en las filas del ejército mambí⁶. Otros regresaban del destierro a que los había condenado la Regeneración o de cumplir misiones especiales de apoyo internacional y adquisición de armas y pertrechos.

El territorio venezolano se utilizó para mantener viva la guerra en la costa norte. Este compromiso llegó incluso a que una fuerza regular del ejército venezolano entrara a Colombia a combatir al lado de los liberales.

Esta fuerza expedicionaria, al mando del general Rufo Nieves, fue enviada por el presidente Cipriano Castro como respuesta al apoyo conservador dado a la acción militar que, desde nuestro territorio, fue lanzada en su contra por Rangel Gárviras. Este apoyo en hombres fue breve, pues rápidamente se presentaron problemas con el mando liberal.

Después de muchos ires y venires, las fuerzas liberales, o el llamado *ejército del norte*, quedaron bajo el mando del general Rafael Uribe Uribe, quien logró que le encajaran una impresionante serie de derrotas.

Otro gran esfuerzo liberal se hizo en el sur con el amparo del presidente Alfaro. Él logró darles abrigo en su territorio a las fuerzas liberales que buscaban consolidarse en la costa Pacífica y el sur del Cauca. Este apoyo duró hasta que ascendió a la presidencia del Ecuador el general Leonidas Plazas, enemigo declarado de la colaboración con los liberales colombianos.

Para reactivar la lucha en el sur se nombró al general Avelino Rosas, quien, sin el amparo ofrecido por el Ecuador, debió pasar a territorio colombiano, donde fue capturado y asesinado después de un combate.

Si bien en el centro y el norte el liberalismo apenas logró subsistir, en el departamento de Panamá, y bajo el mando del general Benjamín Herrera, las victorias fueron menos esquivas. Allí, sólo la amenaza de los cruceros estadounidenses y la presencia de sus *marines* lograron impedir la toma de su capital por parte de las fuerzas liberales.

6. La llegada de Rosas fue trascendental para los combatientes, pues no sólo trajo una importante experiencia en la guerra irregular, sino también materiales didácticos para difundir estas enseñanzas que tanto requerían las inexpertas tropas liberales. Así fue como, a instancias suyas, se publicó el *Manual para el combatiente irregular*, conocido en Colombia como *El código de Maceo*.

EL FIN DE LA GUERRA

La guerra irregular en la que derivaron la mayor parte de los ejércitos liberales logró prolongar el conflicto en el continente, pero no consiguió incentivarse con la victoriosa campaña de Benjamín Herrera en Panamá. El istmo estaba demasiado lejos y los celos entre los generales eran demasiado grandes. La sombra de una derrota empezó a tomar los perfiles de un desenlace inminente.

Las derrotas en serie que el general Florentino Manjarrés le infligió al general Uribe Uribe, llevaron a éste a iniciar conversaciones tendientes a firmar un tratado que pusiera fin a la guerra en el norte del país. Una vez resuelto el problema que exceptuaba del indulto ofrecido en el decreto del 12 de junio de 1902 a quienes hubieran comandado expediciones desde el exterior, como era el caso de Uribe Uribe, éste procedió a deponer las armas el 24 de octubre de 1902, en los predios de la finca Nerlandia, de la que tomó su nombre el citado tratado.

Este acto que ponía fin a la guerra en el norte, y la amenaza de los cañones estadounidenses en Panamá, llevaron a que, aunque victorioso, Benjamín Herrera se decidiera por buscar la paz.

Conocido por los conservadores el deseo de Herrera de terminar con el conflicto, se aceptaron los auspicios de los Estados Unidos para iniciar conversaciones a bordo del acorazado USS Wisconsin, que, con sus amenazantes cañones, se encontraba fondeado frente a Ciudad de Panamá.

Al final, a bordo del citado acorazado, el día 21 de noviembre de 1902, se firmó el tratado de paz que lleva su nombre. Firmaron por el gobierno Víctor M. Salazar y Alfredo Vázquez Cobo, por el liberalismo Lucas Caballero y Eusebio A. Morales. Ratificaron Nicolás Perdomo y Benjamín Herrera. La noticia de la firma de este acuerdo, que se venía a sumar al de Nerlandia, se acompañó de mensajes de la dirección liberal a todas las guerrillas que aún continuaban en la brega, para que depusieran las armas y se acogieran a los beneficios que estos tratados les otorgaban.

Las fuerzas liberales del interior del país, principalmente de Cundinamarca, Tolima, Boyacá y Santander, comenzaron a desgranarse hacia los cuarteles conservadores. A muchos les cumplieron, a otros procedieron a fusilarlos interpretando los tratados al amañado sesgado de los vencedores. Tal vez la más injusta de todas esas muertes, en flagrante violación de los acuerdos finales, fue la de Victoriano Lorenzo, un indio cholo panameño que se había hecho general a punta de valor. Los vencedores de Panamá decidieron escarmentar en él a todos los indios, a quienes la guerra había recuperado parte de su dignidad. Los conservadores le montaron un juicio arbitrario que iba a contrapelo con la verdad y con lo firmado en el USS Wisconsin. Lorenzo fue fusilado.

Para evitar una muerte segura o porque nunca aceptaron la rendición, muchos liberales decidieron huir hacia los Llanos Orientales: unos se quedaron en las selvas del piedemonte, otros se perdieron en las inmensidades.

La guerra de los Mil Días había terminado. El país quedó lleno de tumbas, las familias enlutadas y rabiosas, la economía destrozada y el poder del Estado debilitado hasta el punto de que, entre los independentistas panameños y los fusiles de *Teddy* Roosevelt, el istmo empezó a transitar el camino para convertirse en una nueva república. Bajo estos pésimos augurios iniciamos el siglo XX.